

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XI



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1975

SUMARIO

Páginas

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

- Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1974, por *Francisco Arquero Soria* 9

ESTUDIOS

- Toponimia e historia de la Montaña Escorialense, por *Gregorio de Andrés* 15
- Segregación y cambio funcional en un espacio forestal suburbano (El Pardo), por *Manuel Valenzuela Rubio* 27
- El arte del Paular en los documentos del Archivo Histórico Nacional, por *Mercedes Agulló y Cobo* 65
- Andanzas madrileñas de un embajador turco, por *Manuel Espadas Burgos* 83
- Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII, por *Fernando Jiménez de Gregorio* 89
- Sobre titulación y competencias de los arquitectos de Madrid (1775-1825), por *Pedro Navascués Palacio* 123
- Francisco Sabatini y sus normas para el saneamiento de Madrid, por *Luis Cervera Vera* 137
- Una obra del arquitecto Pedro de Ribera: El Convento e Iglesia de San Hermenegildo de Madrid, por *Virginia Tovar Martín* 191
- Toreros y aficionados de la Villa y Corte en un lienzo de Castellano, por *Enrique Pardo Canals* 211
- Los acontecimientos del 7 de julio de 1882. Datos para un análisis socio-político, por *Juan-Sisinio Pérez Garzón* 221
- Casas de baños en Madrid, por *María del Carmen Simón Palmer* 237
- Determinación estilística y tipológica de los balconajes madrileños del siglo XIX, por *Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso* 251
- La reconstrucción de Nuestra Señora del Buen Suceso en la Montaña del Príncipe Pío, por *M.ª del Pilar Aumente Rivas* 255

	<u>Páginas</u>
Un plebiscito académico, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	275
El gran Madrid a comienzos de siglo, por <i>María del Carmen Pescador del Hoyo</i> .	293
Los mapas del comercio madrileño, por <i>José M.º Sanz García</i>	301
Evolución de la población de Madrid y su incidencia en la escolarización de las edades jóvenes, por <i>Antonio Aparisi</i>	309
Ante la nueva sede central de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid, en Descalzas, San Martín y Celenque, por <i>José María Sanz García</i>	331

SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES

Conversaciones con Agustín Millares Carlo, por <i>Leonardo Romero</i>	365
--	-----

SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Calles y plazas madrileñas (Bibliografía), por <i>José Luis Oliva Escribano</i>	373
--	-----

BIBLIOGRAFIA

Índice de artículos de temas madrileños de la «Revista de Obras Públicas» (1853-1975), por <i>María Teresa Solesio de la Presa</i>	419
Bibliografía artística madrileña (1974) (Continuación), por <i>María Luz Rokiski Lázaro</i>	443
Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	449

UN PLEBISCITO ACADEMICO

Por RAMÓN EZQUERRA ABADÍA

Trasladémonos a 1917. Año que hemos contemplado bastantes españoles supervivientes. Días trágicos de la Primera Guerra Mundial, llamada entonces, sin mucha perspectiva, la «Guerra Europea» solamente. En aquella fecha comenzó una nueva etapa en la Historia con la Revolución rusa, y la entrada de los Estados Unidos en la contienda inclinaría su desenlace en contra de Alemania. Crisis aguda en España: descomposición del régimen parlamentario de la Restauración; conjunción de tendencias subversivas; Juntas de Defensa militares; Asamblea de Parlamentarios en Barcelona; huelga revolucionaria en el verano de aquel año, nueva tentativa seria para derribar el régimen tras la muy localizada Semana Trágica de 1909. Crisis económica, pues el río de oro que la guerra trae a la neutral España sólo beneficia a una minoría, y la mayor parte de la población, con sueldos bajos, pero con vida barata hasta poco antes, padece los apuros del alza constante del costo de la vida y en especial de las subsistencias. Y las salpicaduras de la guerra que alcanzan a España; discusiones enconadas entre francófilos y germanófilos, y algo peor, los hundimientos de barcos españoles por submarinos alemanes, disculpados por unos y condenados por otros, con deseo de represalias e incluso con aspiración de lanzar a España también a la lucha. (Por desgracia, aún hay quien sigue lamentando hoy que España no acudiera entonces a sacrificarse por intereses ajenos.) Y otros muchos problemas de los que no hay ahora por qué extender su evocación.

Todo ello se refleja —aparte de mis recuerdos— en la prensa de la época; en aquellos diarios cuyo exiguo tamaño, en páginas, no en formato, nos asombra al consultarlos, habituados hoy a los mamotretos en que se han convertido los grandes cotidianos. Periódicos en los que vemos ausentes muchos focos de interés actuales, que ya existían; en los cuales, sin embargo,

queda espacio para ciertas cuestiones, de escaso relieve ante los problemas que planeaban sobre la vida nacional; entre ellas, la preocupación por una política de no mucha altura, sin energías ni amplios horizontes.

Entre esos problemas de segundo orden comparece uno de tipo cultural y que no deja de ser curioso, que ahora vamos a recordar. Periódico de los más leídos era *El Liberal*, viejo diario republicano, abierto a todas las tendencias izquierdistas, nutrido por sus planas de anuncios —bastantes mal afamados—, acérrimo y hasta fanático francófilo, y con no mala colaboración literaria, pero fuertemente politizada; años después la deserción de sus más importantes redactores daría origen a *La Libertad* (1919) y le infligiría un duro golpe. Prescindiendo de antecedentes, el 5 de enero de dicho año crucial se publica en el referido diario una carta suscrita por un grupo de desconocidos hoy, admiradores del asiduo colaborador en aquél Antonio Zozaya, periodista y novelista, «el filósofo al alcance del suscriptor de periódicos», como le ha calificado Tomás Borrás; esos entusiastas han seguido la «nobilísima» campaña que el periódico *Los Comentarios* ha proseguido en pro de un sillón académico para Zozaya, uno «de los sabios injustamente olvidados», que ha vertido en *El Liberal* «muy sabias doctrinas y muy preciosas enseñanzas». (Años después sería académico de la de Ciencias Morales y Políticas.)

Dirigía entonces *El Liberal*, aunque no por mucho tiempo, Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), escritor guatemalteco, muy popular en aquella época y hoy bastante olvidado —por lo menos en España—, pero, como dice Fernández Almagro, más atraído por París que por Madrid, afrancesado en gustos y espíritu, habitual vecino de la «Ville Lumière», donde fue corresponsal de *El Liberal*, más o menos bohemio y marido algún tiempo de la célebre cancionera Raquel Meller. Ingenioso y culto, ligero y ameno, secuaz de la escuela modernista, atento a la vida frívola y superficial de París, divulgador de la literatura francesa coetánea, que seguía a diario; mentor allí de escritores americanos, comenzando por Rubén Darío, que le dedicó una fervorosa semblanza¹. Periodista de fibra, perfecto ejemplar de los llamados «cronistas» en aquellos tiempos, captador y expositor brillante más que crítico de fondo de las tendencias literarias y filosóficas; de prosa ágil y vivaz. Autor de bastantes relatos de viajes, aunque malas lenguas aseguraban que algunos

¹ Su verdadero apellido era Gómez Tible, por lo que parece obvio por qué tuvo que adornarse con otro apellido —el de un pariente, famoso historiador centroamericano, Agustín Gómez Carrillo—, para evitar la chacota a que indefectiblemente conducía el auténtico.

los escribió desde su despacho, pero supo dar el color de lo observado y vivido. Y así llegó a ser el Pierre Loti de la prosa castellana ².

Gómez Carrillo se descolgó poco después de la mencionada propuesta con un artículo anónimo —pero que se lo atribuyeron los comentarios de otros periódicos— el 26 de enero de 1917, titulado «Un gran problema literario», en primera plana y muy destacado. En él se lamenta de que a la Academia Española no le llega «el aura vivificante de la democracia». En París, donde ocurría lo mismo con la Academia Francesa, se jugaba antes de la guerra en los salones a recordar de memoria el mayor número de académicos y hubo erudito que llegó a lo más a quince. En España se conoce a Picón, Navarro Reverter, Maura, Burell, Cavia, Benavente, pero no a los demás. Los amantes de la lengua y del buen gusto deben interesarse por el rejuvenecimiento de la Academia dentro de las corrientes democráticas. Y así, ¿por qué no pedir el sufragio universal para la elección académica? Pero sin ir tan lejos, un sufragio restringido a universitarios, a los que posean diplomas literarios, a las *élites* del país. Los sitiales que por derecho corresponden a los Valle-Inclán, Dicenta, Blasco Ibáñez, Unamuno, ¿los ocuparía, por ejemplo, un Cotarelo? [El pobre gran erudito don Emilio se ha convertido en la bestia negra de los presuntos renovadores.] Termina Gómez Carrillo pidiendo que se envíen listas de treinta y seis escritores, poetas, novelistas, dramaturgos, que deben formar la Academia Nacional, fijando la fecha límite en el 15 de abril.

Al día siguiente ya aparece una respuesta a una pregunta: si puede entrar en la lista doña Emilia Pardo Bazán, y desde luego aquélla es positiva; incluso tenía ella ya una estatua en vida. Y se vuelve a tirar piedras contra ciertos académicos, vistos como prototipo de impopularidad y de inmerecido sillón: «¿Son más dignas mujeres como doña Emilia que cien Commelernas de legislar en asuntos de gusto y de letras?» ¡Pobre don Francisco Commelerán! Catedrático de Lengua y Literatura y director del Instituto del «Cardenal Cisneros», autor de varios textos, de una gramática castellana y otra latina y de un grueso *Diccionario clásico-etimológico latino-español*. (1848-1919; era académico desde 1889.) Aún lo recuerdo, examinándome muy niño con él, con su respetable barba blanca y aspecto de catedrático decimonónico, digno y solemne. También se aclara en el mismo número que se puede

² V. la precisa semblanza de ANDERSON IMBERT, *Historia de la Literatura hispano-americana*, México, 1954, págs. 231-32, y ANGEL VALBUENA BRIONES, *Literatura Hispano-Americana*, tomo IV de la *Historia de la Literatura española*, de ANGEL VALBUENA PRAT, Barcelona, Editorial Gili, 1962, págs. 290-292. Bello artículo le dedicó RUBÉN DARÍO en *Cabezas. Pensadores y artistas. Políticos. Novelas y novelistas*, tomo XX de sus *Obras completas*, Madrid, 1929, páginas 81-86.

votar a señores que son ya académicos, pues «no todos son Cotarelos», y que los votos deben ir firmados. Zozaya escribe renunciando a tal honor, pues no quiere admitir banquetes, condecoraciones ni cargos, pero se le contesta que si es votado su nombre constará en la lista. Para orientación se inserta la lista de los miembros que constituían la Academia y que se reproducirá más adelante. Como se podrá luego ver no estaba en aquel momento muy floreciente la Academia en valores literarios; había predominio de eruditos e historiadores —muy estimables— y estaban varios literatos, cuya cotización actual para bastantes de ellos no es nada alta.

El día 28 se anuncia que ya se han contado centenares de respuestas en veinticuatro horas; el redactor Alejo García Góngora procede al recuento y se perfilan las grandes figuras: Blasco Ibáñez, Dicenta, Valle-Inclán, Unamuno, *Azorín*. Se contesta al diario —fanático republicano— *El País*, el cual ha observado que no se menciona a Miguel Moya entre los más ilustres, que la Academia llamó a Saralegui, Ribera o Hinojosa [desde luego parece dicho en tono de censura, pese a la valía científica de los dos últimos] y no al Presidente de la Asociación de la Prensa. Se dan asimismo excusas por no haber incluido entre los que van en cabeza de la votación a Ortega Munilla y Palacio Valdés, pero es que ya estaban dentro de la Academia. Y se declara que han prestado su apoyo a esta iniciativa *A B C*, *El Mundo*, *El País*, *Diario Universal*, *La Tribuna* y *El Siglo Futuro*. En general, la prensa liberal, salvo el último.

Veamos alguna muestra de esta reacción. *A B C* el 27 de enero recoge por cortesía el requerimiento de *El Liberal*, pero afirma que sus colaboradores tienen plena libertad para opinar de esa y otras cosas, pero el periódico nada tiene que decir: «Creemos que la Real Academia Española, como todas las demás Academias, está bien como está, y no tiene por qué reformarse en su organización ni en su funcionamiento; su actual régimen, a nuestro parecer, ofrece más garantías de selección que las que pudiera dar cualquier otro sufragio.» En vista de esa libertad, *Azorín* da su parecer en *A B C* el 7 de febrero, diciendo que se reprocha a la Academia no acoger en su seno a la verdadera representación de la Literatura. Pero si se coge la lista de quienes han sido académicos y un manual de Literatura se verá que no falta ninguna gran figura; incluso recuerda el caso de Zorrilla, elegido dos veces, en 1858 y de nuevo en 1885, y halla infantil el gesto de quienes, ansiando la elección, dejan luego pasar años sin tomar posesión. Sólo hay treinta y seis sillones y habría cien españoles merecedores de entrar; pero si se elevaban a cien las plazas disminuiría automáticamente el prestigio del cargo y entonces, al disminuir las exigencias, aumentaría el número de los que se crearían

merecedores. En cuanto al sistema propuesto: «¡Qué profundo error éste del sufragio universal en cuestión de arte! Pero ¿cuándo el voto de la opinión ha sostenido, ha alentado una manifestación de arte?» Pues toda nueva forma ha sido una lucha, a veces durísima, contra la opinión y recuerda el caso de *Don Alvaro* que no gustó al público ni a la crítica, o el fracaso de la traducción de *Macbeth* por Villalta en 1838; «¿quién sostuvo a Benavente en sus comienzos, la opinión o una minoría de hombres inteligentes?» Se alega el caso del sufragio universal en política, pero si el pueblo elige democráticamente a los gobernantes y en el Congreso hay 410 diputados, en realidad son dos docenas los que gobiernan. No cree que a Larra o Bécquer, muertos jóvenes, se les hubiera elegido por sufragio universal; sí a Pi y Margall, pero por sus «absurdos escrúpulos de amor propio» dijo a *Azorín* que aceptaría si le votaban todos los académicos sin excepción, y no entró en la Academia de la Historia por la oración que se reza antes de cada sesión. (*Azorín* estaba entonces vuelto de demagogias. «¡Admirable *Azorín*, el reaccionario por asco de la greña jacobina!», como le calificó Machado en 1913.)

Mi viejo y simpático maestro Julio Cejador —que nos atraía pese a su afectada rudeza—, con su desenfado aragonés y su impenitente hostilidad a la Academia, publicó en *El Liberal* el 30 de enero un virulento artículo, de largo título («La Academia Española. Su historia, su prestigio, su constitución, su obra, su utilidad y sus pecados»). Le acusaba de provocar un arte académico, o sea encanijamiento; de haber preferido a los autores del siglo XVII frente a los del XVI y por tanto un lenguaje culto al popular, convirtiéndolo en culterano. Su misión era filológica, pero la maleó al buscar no filólogos —salvo rarísimos—, sino personajes de viso y brillo social, algunos ilustres literatos, políticos y periodistas sin conocimientos ni afición a las tareas filológicas, y así las corrientes modernas en ese campo no llegan a la Academia; lamenta Cejador que los que se dedican con tesón a la Filología —como él— no puedan entrar por no ser figuras políticas y de relumbrón; también censura que un académico presida oposiciones a cátedras y con doble voto, por encima de profesores mucho más doctos. Es una injusticia para filólogos y catedráticos la elección de «políticos ignorantes, de periodistas pretenciosos, de saineteros incultos» (¿Miguel Echegaray?).

En el mismo número, don Antonio Maura, Director de la Academia, requerido, inserta una nota en la que defiende el criterio restrictivo para la elección académica como garantía de acierto, pues «otra cosa sería exponerse a acabar con la Academia», la cual «perdería toda autoridad en el momento en que fuese asequible a todas las reputaciones que, encumbradas rápidamente por una moda literaria, serían llevadas a la Corporación por

el sufragio apasionado de los más». Pero no censura la intemperancia e impaciencia de los jóvenes, señal de actividad y progreso; muchos académicos en su juventud la atacaron con rudeza, sin perjuicio de entrar luego en ella.

Sería largo recoger la opinión de los demás diarios y nos limitaremos al *Siglo Futuro* brevemente y a *El Día*, que fue el que tomó el asunto con más calor y asiduidad. *El Siglo Futuro* era el órgano del integrismo y de la más absoluta intransigencia católica y política. Su primera reacción no era tan favorable como insinuaba *El Liberal* y se publicó el 27 de enero en tono chabacano: «¡Uf!... Preferimos el "salón aristocrático y político" al grupo más brillante que propone *El Liberal*: todos son *piores*, que decía el baturro. Pero entre la *brillantez* de Gómez Carrillo, Dicenta, Oteyza y demás compañeros "cronistas" y la prosa gongorina de Maura, nos quedamos con ésta, por lo menos no se entiende. ¡Y eso vamos ganando!» Pero el 23 de febrero su crítico literario Roberto Alcover publicó un largo artículo, «Criterios académicos». Hay en él dos partes: por un lado se refiere a la propuesta sobre la Academia, que halla inoportuna, desacertada y una locura, y aprueba una declaración desfavorable de Cotarelo; pero opina que el influjo de la Academia sobre la fecundidad y el movimiento literario de España ha sido nulo; trajo un frío academicismo y califica de «ruines criterios literarios» los de sus miembros del XVIII; sólo ha sido un «adorno de lujo pagado por el Estado», que quiere echárselas de protector de las letras; sin ella habríamos tenido los mismos escritores; aunque le concede cierta utilidad en cuestiones de gramática y vocabulario, cree más bien negativas sus normas en cuanto al lenguaje y en aquel terreno radica su único y exclusivo fin. Admite que sólo entren en ella quienes escriban el castellano con absoluta perfección, aunque no importa que se escriba una novela, se hagan versos o se pronuncien discursos, pues el estilo puede ser brillante, florido y pintoresco, y el lenguaje impreciso, incorrecto y poco castizo, como el de Maura y el de Cavestany, cuyos versos son calificados de ramplones. Y censura que meta mano la política, sobre todo si es anticatólica y sectaria. La otra parte del artículo es un durísimo ataque a Valle-Inclán —no olvidemos que por algún tiempo había sido carlista más o menos honorario y por estética— y le califica Alcover de «perverso escritor del castellano», que «atropella sin freno ni medida en todas sus novelas»; le combate además por sus «tizones de lujuria», «ardiente y vergonzosa llama de carnalidad y afrodisia», «falta de todo pudor, de toda moralidad».

El periódico que dedicó más atención al problema académico fue *El Día*, diario de la noche en su segunda época, ecléctico en su colaboración, con autores de diversas ideologías, aunque su tono propio era en razón de la

época favorable más bien a Alemania, ya que la Prensa estaba radicalmente dividida ante la Guerra Europea ³. Y buscando diversas opiniones en el asunto académico abrió sus columnas a varios escritores. Comenzó Antonio de Hoyos y Vinent el 27 de enero con «El problema de la Academia», frase con la que Gómez Carrillo ha sabido dar variedad a su diario; era la Academia una ciudadela inexpugnable y hordas de jóvenes querían asaltarla y destruirla; pero ya han entrado gentes nuevas, como Benavente (que nunca tomó posesión), Cavia, Burell, uno de los Quintero (Serafín); aún faltaban la Pardo Bazán, Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Baroja, que acabarían por ir a ella, como también Gómez Carrillo, Pérez de Ayala, Répide, Carrere y López Pinillos (curiosa mezcla de valores vistos desde hoy). El problema no es sólo literario sino social; es conveniente que los que entran en la Academia no se revuelvan contra ella; necesita grandes prestigios políticos y sociales y también sabios y humanistas, los cuales realizan una labor oscura de biblioteca, pero no menos útil, aunque carezca de brillo; los más populares harían sólo un papel decorativo y no se encerrarían a ofrendar su vida a una labor erudita. El dramaturgo Linares Rivas, que aún no era académico, escribió en *El Día* el 29 de enero otro artículo, en que coincidía con el criterio de que no era posible una elección popular; ninguno de los votantes sería capaz de pronunciar de memoria treinta y seis nombres ni de razonar sus preferencias. Sólo llegan al público periodistas y autores dramáticos, y «aun siendo algunos medianitos y francamente malos, somos conocidos». Pero la masa no conoce a los filólogos, latinistas o hebraístas. Si hay un literato puro y otro con algún defectillo, será más popular éste; el plebiscito iría por la senda del brillo y del ruido, así que no respondería al concepto de Academia; rechazaría a muchos que están dentro con pleno derecho; la actual generación no puede juzgar con exacto criterio a la anterior. Alude a que el teatro de algunos académicos hoy no es nada, pero fue mucho en su momento [quizá pensaba en Echegaray, Sellés, Leopoldo Cano, Novo y Colson]. Por último, la misión de la Academia es erudita y su fin principal el Diccionario, lo que no llega al público; y se atreve a decir que los que

³ Pretendía *El Día* ser periódico muy abierto y dirigido a un público amplio; así cada semana insertaba artículos de doña Emilia, Linares Rivas, Unamuno, López Ballesteros, Ortega Munilla, Rodrigo Soriano y Carrere. Sin fecha fija colaboraban Hoyos y Vinent, José M.^o Carretero, Fernando Weyler, Elorrieta, José Millán Astray, Emilio Bobadilla, Margarita Nelken y el doctor Juarros. Puro eclecticismo, con autores de las más contrapuestas tendencias, en especial políticas. Neutralista a toda costa, en el fondo discretamente germanófilo, procuraba blasonar de liberal y así dedicó muchos elogios a Giner de los Ríos en el segundo aniversario de su muerte, y a su vez el 22 de febrero publicó un número extraordinario sobre Zorrilla, con motivo del centenario de su nacimiento. Y también en ese mes acogió una polémica —amable— de la Pardo Bazán y los Quintero.

están mal colocados en aquélla, son a quienes complace más al público verlos allí. Los periodistas, oradores y dramaturgos causan gran daño por lo incorrecto de su lenguaje; cada día se escribe peor, pues el público va a la idea y no a la forma. Termina afirmando Linares Rivas que no quiere ser académico, ya que le han incluido en la votación.

El 30 publica *El Día* un reportaje con Valle-Inclán, efectuado por Fernández Piñero; éste se destapa en ardorosos elogios a don Ramón, quien lo recibe en un gabinete de sobrios y elegantes muebles, con un cuadro de Romero de Torres y el retrato que le pintó Anselmo Miguel Nieto. Don Ramón se despacha a su gusto con su característico y mordaz estilo. «La Academia está bien como está y siendo lo que es. A ella no van los hombres más que por tres motivos: por conveniencia, por vanidad o por debilidad de carácter para resistirse a ser académicos... Los que tienen poco público van para ver si así aumenta la venta; por vanidad los necios; por debilidad, caso no frecuente, van pocos escritores y por tener verdadero prestigio se perjudican al entrar en la Academia.» «Los grandes literatos pueden dejarla para que la gocen los políticos, que la necesitan para su prestigio y así encubren con nombres literarios el vacío que tienen en la opinión, y así los pueden llamar compañeros e iguales.» La elección popular no beneficiaría a la Academia, pues el pueblo carece de nivel cultural, y como España es país de oligarquías, resultaría como en las elecciones a Cortes e intervendría la política en la votación a la Academia, donde se impondría el cacicazgo sin renovarse. En cuanto a ser él académico replica con violencia: «¡Nunca! ¡Nunca! Yo rechazaría en absoluto la más leve indicación sobre esto. No entraré jamás en la Academia.» Y con sonrisa irónica: «Mi modestia me impide llamar compañeros a muchos de sus miembros.» «Bien se están allí haciendo sus diccionarios, memorias e informes, fiscalizando, legislando.» «Mi concepto del idioma es distinto del de ellos; mi estética, contraria; mis teorías también.» «Yo soy uno de esos escritores que representan una moda», ya que decía el director de la Academia que había modas. La libre expresión de la personalidad no es una moda, sí lo es lo académico, lo que anula esa personalidad, dejándola en un canon frío, correcto y lamido. Parte de estas declaraciones tan típicas valle-inclanescas las recogió *El Liberal* al día siguiente.

El 31 publicó *El Día* una caricatura del dibujante «sicalíptico», como se decía entonces, *Demetrio*, de muy bajo gusto, titulada «Limpia, fija y da esplendor», en la que se ve a unos viejos académicos barriando nubes de polvo y dice el director: «Y así figuran en ella hombres que aunque no han alcanzado por su obra popularidad prestan dentro de la Corporación inestimables servicios.»

No se interroga sólo a los iconoclastas. El mismo 31 publica *El Día* unas declaraciones del combatido Cotarelo, secretario perpetuo de la Academia. Lógicamente, afirma que está de acuerdo con Maura; la Academia es un lugar de trabajo, cuyas múltiples labores exigen gran cantidad de labor y el concurso de muchos hombres, que aunque ignorados por el vulgo, han consagrado su vida a especialidades filológicas y científicas. Los que repiten el tópico de que la Academia no sirve para nada desconocen lo que hace. Recordó la tarea realizada desde su fundación y la ímproba del Diccionario, del que se acababa de llevar a cabo su 14.ª edición; además de la Gramática, la edición de las obras de Lope, vocabularios regionales y el *Boletín*. La elección académica es el más alto premio que se puede otorgar a un prestigio literario y desde 1714 han pertenecido a la Academia cuantas figuras eminentes hubo; si no lo fueron Forner, Larra y Moratín se debió a muerte prematura o por no residir en Madrid, lo que es indispensable, y por ello no podría ingresar, entre otros, Blasco Ibáñez. «A lo que no estamos dispuestos es a aceptar las imposiciones que quieren hacernos algunos escritores que, a fuerza de querer ser originales... protestan contra nosotros porque no adoptamos y damos fe a sus extravagancias.» Como se ve, ni el modernismo ni los del Noventa y ocho hallaban aún simpatías en los antiguos académicos. *El Liberal* recogió el 1.º de febrero esas declaraciones, apostillando a la alusión a Blasco Ibáñez —que le llegaría a lo hondo—, que uno de los más graves defectos de la Academia era limitarse a Madrid y no extenderse al resto de España.

Pero Azorín defiende calurosamente a la Academia en una entrevista que *El Día* le hace en el Congreso (2 de febrero), en que adelanta las opiniones que después expuso en *ABC*. Para él la Academia es una corporación de eminencias de la aristocracia intelectual, «que cumple su misión con justeza y serenidad digna de elogio». Intentar renovarla es una locura. «Ella hace siempre justicia y acoge a todos los que por su prestigio y por su obra son dignos de tal recompensa». Recuerda el caso de los que no entraron por muerte prematura, como Larra, o por su voluntad, como Pi y Costa, que desdenó honores oficiales. Acoge a quienes por su edad y labor brindan garantías de solidez en sus juicios y madurez. Corporación de estirpe aristocrática y cuya autoridad radica en su autonomía, aislada de todo contacto con la plebe, no puede someterse al régimen democrático del sufragio. Y concluye: «Ni solicito ni rechazo mi ingreso en ella» y así no se presentó en la última vacante. (El periodista recuerda su antigua rebeldía y sus artículos «hinchidos de una vehemencia entusiasta, enérgica y bella»).

Al día siguiente (el 3) habla Baroja en un tono muy distinto. Le parece

absurdo ocuparse de esa cuestión cuando hay tantos problemas importantes; es como si a un enfermo grave se le pregunta por las flores que debe llevar su hija al baile. La Academia no interesa a nadie; «a mí, al menos, no me preocupa lo más mínimo, ni nunca me preocupó». «No sé lo que hace la Academia ni si lo que hace está bien o mal; por mi parte no tengo deseos de ser académico.» En todo caso, más pintoresco, en la de Medicina, más entretenida en cuestiones biológicas. El escritor no se hace con cánones gramaticales ni disciplina fonética, pues sería dejación de su personalidad. Los escrúpulos de las reglas son fríos y sin nervio; Cervantes sería en su tiempo un mal escritor para los guardianes de la disciplina académica. En Francia ser académico da posición social; no aquí. El laurel académico no es una consagración, pues ya se ha recibido ésta antes de ir; inútil la renovación; lo mismo da que sean académicos unos que otros, pues dogmatizan sobre cuestiones de las que nadie se preocupa y sólo interesa a un reducido número de filólogos y bibliómanos. Si las Academias sirven para algo, es natural que en la de Bellas Artes entren artistas y no Romanones, Amós Salvador y Amalio Gimeno (conspicuos políticos del tiempo, que eran miembros de ella), que ni siquiera han leído el *Apolo*. (El entonces muy leído manual de *Historia del Arte* de Reinach.) No deben ir a la Academia hombres como Maura, «dislocadores de la sintaxis». Hay chisteras y levitas que enmarcan en algunos personajes y para eso se han creado las Academias y organismos como la Unión Ibero-Americana: «¿Se ha visto algo más bufo y estéril que este centro?» Acaba Baroja afirmando que el esfuerzo nacional en el siglo XIX fue estéril; los pueblos son más reaccionarios que hace cien años; los artículos de su bisabuelo en *El Liberal Guipuzcoano* en 1821 parecerían hoy de un revolucionarismo alarmante. Expone juicios pesimistas sobre los partidos políticos y que la burguesía, que se enriquece, acabará por desaparecer, absorbida por la evolución del industrialismo, que causará el aumento de los contingentes obreros, lo que es más importante que las reuniones de la Academia.

El 4 habla Répide diciendo que sabe que hay quienes le votan, pero cree que el sufragio universal es admisible en política, aunque su práctica lo haya desacreditado, pero en estas cuestiones culturales se consigue el voto con un poco de habilidad electorera en la medida que se desee; pueden contribuir gentes de buena voluntad, pero también desocupados de café, mostrador y tertulia que, tras sus juegos, sus discusiones caprichosas sobre la Academia le hacen el efecto de aquel que rifó el Retiro. *El Liberal*, el día 5, se dolió de tales expresiones y aseguró que no hacía campaña contra la Academia, y que, dados los votos recibidos, el público no es mal juez.

El 6 de febrero expone su opinión Unamuno en *El Día*: no debe existir la Academia, pues es «un absurdo», «si no estéril, dañina». Si es un panteón de hombres ilustres no hay por qué encomendarle el diccionario o la gramática, pues encomendar eso a un artista es como encargar un trabajo sobre fisiología a un acróbata. Un excelente hablista puede ser incapaz de analizar y desentrañar el habla y el estilo. «Maldito el honor que da.» Las distinciones honoríficas no añaden prestigio ni protegen contra las demasías de pícaros que administran derechos y deberes; la única ventaja son las dietas en oposiciones o sesiones. Hace la Academia el Diccionario muy mal, y así sería aunque los treinta y seis fueran los mejores filólogos, pues toda obra colectiva y anónima sale mal, pues acaba por hacerla uno solo, el más necesitado muchas veces. No existe colectividad académica capaz de hacer un diccionario como los de la lengua francesa de Littré o de Hatzfeld y Darmesteter; aunque haya en la Academia unas pocas figuras entendidas en filología e historia del idioma, lo haría mal; recuerda, sobre esto, la *Historia de España* que intentó la Academia de la Historia, encomendando cada período a diversos miembros y salió desigual⁴. El mayor absurdo y disparate es que sea la Academia legisladora del idioma; cabe recoger lo que es la vida del lenguaje, pero no legislar sobre él, y para registrar el uso no hace falta. Si los poderes necesitan un informe sobre la recta interpretación de una ley pueden acudir a profesores y donde no hay Academia se recurre a la Universidad. Protesta Unamuno de que se diga de quien escribe bien es que no tiene nada que decir, pues no cabe idea sin forma; escribir gramaticalmente muchas veces es escribir mal, una lengua muerta y muda; a la corrección sólo llega un extranjero, que ni piensa ni siente en esa lengua; ésta se está haciendo siempre. Los que sólo se preocupan de la pura forma escriben estética y lingüísticamente mal. Los oradores hueros y sonoros hablan muy mal, son ruseñores que dicen frases pescadas con gancho de traperero en los clásicos. El buen estilo no es recoger formas elaboradas, sino lo que se está formando. «La lengua ha de ser futurista», y el mejor escritor es el que advina a qué nueva modalidad va y no trata de conservar las que se pierden. Y aún insiste sobre la inutilidad de la Academia y de ser un desatino su función legisladora.

⁴ Se refiere a una *Historia general de España*, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección de Antonio Cánovas del Castillo, Madrid, El Progreso Editorial, 1890-94, 18 vols. Pero fue obra editorial, no corporativa de la Academia, aunque se confió a miembros suyos; resultó heterogénea y quedó incompleta.

El día 7 se publican las declaraciones de doña Emilia, a la cual la Academia siempre cerró sus puertas por su sexo. Tanto tenía que decir que no podía concretarse a un coloquio y pensaba «rasguñar» un libro sobre la Academia y lo que le sugería el tema, sin apuros. No le parece oportuno plantear el problema de la renovación, pues la guerra engendra grandes interrogantes. El plebiscito iniciado por Gómez Carrillo carece de ambiente general, pero cree doña Emilia que se impondrá la renovación, por lo menos en cuanto al sistema electivo. Ha luchado ella, no por vanidad, sino «por defender el derecho indiscutible que, a mi juicio, tienen las mujeres». No se le ha admitido en la Academia por su personalidad literaria, sino por ser mujer, lo que sólo han confesado explícitamente algunos de sus miembros; por ese menosprecio al sexo está decidida a proseguir su campaña, pero esperará al fin de la guerra, pues, aparte del triunfo del feminismo, se modificará radicalmente el concepto de la mujer. El liberal que se niega a la presencia femenina es de cincuenta años atrás y por los tales resbaló ese medio siglo de conquistas jurídicas. La Academia asombrosamente unifica los criterios de los que entran en ella e influye sobre las opiniones individuales más antitéticas. Imita la Academia a la francesa y rinde culto a la tradición; se alega que en ésta no han ingresado mujeres y se quiere hacer de la institución creada por Felipe V algo inmutable; Galdós es de los pocos con personalidad propia. En el reglamento de la Corporación nada se opone a la mujer, y hay precedentes, como el de doña María de Guzmán (en el siglo XVIII); en cambio se reconoce que en la Universidad (donde ella era catedrática) puede votar para senadores. Nada hay que hacer si sigue eligiendo la Academia sin cortapisas de la opinión y si actúa como prolongación de la política. Hay en ella una parte filológica y literaria en la que deben intervenir literatos, universitarios, las demás Academias y centros docentes de autoridad. Ha influido poco en el idioma, pues son los escritores quienes hacen uso de palabras nuevas. La elección por organismos cultos quizá sería más amplia y próxima a la realidad.

El día 8, en *El Día*, como los anteriores, Gómez de Baquero, *Andrenio*, escéptico y ecuaníme (atildado y moderado, pero con un espíritu que nos recuerda a los del XVIII), expone honradamente pros y contras, «ecléctico, reposado, cordial» en sus juicios. Cree que el plebiscito es mero pasatiempo, pues no son las mayorías las más autorizadas para sentenciar y cuando no están capacitadas deben gobernar las minorías. Nunca el gusto literario fue patrimonio de los más. El fallo de la posteridad es «el predominio de una sucesión de minorías educadas e inteligentes». Sólo ve el capricho de dar a conocer los treinta y seis autores con más lectores. «En estos días se ha visto

la calidad del voto de la plebe en sentido espiritual.» De los académicos más combatidos es Julián Ribera, porque el público ignora su insigne tarea filológica y su vasta cultura. El elegiría a la Pardo Bazán, Baroja, Azorín, Valle-Inclán, Cejador, Bonilla... Pero la Academia tiene perfecto derecho a elegir sus miembros, y como decía el viejo académico Mariano Catalina, allí se está no por méritos, sino por votos. La Academia se abstiene de llevar a ella elementos de discordia; medida injusta, pero previsora y respetable. No sólo hay oligarquías en España; también en la Academia francesa. La Academia no es el laboratorio del idioma, lo que no ocurre en ninguna parte, pues la Filología se hace en centros especializados y no en las academias, por su heterogeneidad, y ser sólo semanales sus reuniones; su misión es otra. Lo prueba que su Diccionario y su Gramática son inferiores a las mismas obras realizadas por académicos, pero fuera de la Corporación. Así que tal pasatiempo carece de la trascendencia que han querido darle; lo que se conseguirá es que la Academia adquiera a los ojos del vulgo más importancia de la que han querido concederle. A *Andrenio* no le preocupa ser académico, pero le halagaría como entrar en un club en el que hay grandes dificultades de ingreso, pero no en cuanto supusiera una consagración literaria.

Parece terminarse así la encuesta sobre el «pasatiempo», aunque *El Liberal* siga concediéndole honda atención. El 14 de febrero inserta una carta de Victoriano García Martí —el asiduo ateneísta— en la que dice que ha sorprendido el problema literario planteado, pero éste no es importante; al profesar en el mundo literario, nadie se preocupa por llegar al sillón. La juventud quiere brillar, pero en la política, no para ingresar en la Academia. Por otra parte hay gentes que publican libros que nadie lee y responden que lo hacen para entrar en ella. Pero seguramente ni a Ortega y Gasset, Bello, Pérez de Ayala, Répide, les interesa, y no se diga de Valle-Inclán.

El 21 de febrero fallece en Alicante Joaquín Dicenta —de los más votados— y es enterrado en el cementerio civil, con grandes manifestaciones de pesar en los ambientes izquierdistas. El 7 de marzo anuncia *El Liberal* que el 25 acabará el período electoral. (Hace violentas campañas contra Alemania; hay denuncias y procesos contra el periódico, al que defiende en el Congreso Augusto Barcia en réplica al ministro de la Gobernación y desde el día 16 las primeras y confusas noticias sobre la Revolución rusa...)

Por fin el domingo 1.º de abril se publica el artículo «La Academia Ideal. Resultado de nuestro plebiscito». Celebra que figuren los más ilustres miembros de la Academia, lo que indica que no ha habido enemistad hacia ella en la votación. Y que los votados, que aún no lo son, «nadie puede negar

que son los que más derecho tienen a la admiración y al respeto del país. Más o menos tarde todos ellos ocuparán los puestos que hoy son propiedad de... no queremos citar nombres propios». (Ya habían sonado antes.)

Aquí está la lista, con el número de votos, según consigna *El Liberal*. (Añado (A) a los nombres de los que ya pertenecían a la Academia):

1	Pérez Galdós	4.503	(A)
	(Dicenta, ya muerto)	4.451	
2	Cavia	3.474	(A)
3	Unamuno	3.471	
4	Zozaya	3.468	
5	Octavio Picón	3.447	(A)
6	Valle-Inclán	3.442	
7	Blasco Ibáñez	3.435	
8	Benavente	3.432	(A)
9	Gómez Carrillo	3.423	
10	Palacio Valdés	3.420	(A)
11	Pardo Bazán	2.399	
12	Ortega Munilla	2.382	(A)
13	Ramón y Cajal	2.367	(A)
14	Linares Rivas	2.365	
15	Rodríguez Marín	2.345	(A)
16	Sellés	2.324	(A)
17	Moya	2.314	
18	Baroja	1.298	
19	Alvarez Quintero (Serafín)	1.295	(A)
20	León (Ricardo)	1.292	(A)
21	Rodríguez Carracido	1.280	(A)
22	Azorín	1.279	
23	Menéndez Pidal	1.272	(A)
24	Vázquez de Mella	1.263	(A)
25	Cejador	1.262	
26	Burell	1.250	(A)
27	Martínez Sierra	1.236	
28	Azcárate	1.226	
29	Alvarez (Melquiades)	1.221	
30	Maura	1.172	(A)
31	Répide	1.171	
32	Zamacois	1.169	
33	Alvarez Quintero (Joaquín)	1.162	
34	Altamira	1.156	
35	Villaespesa	1.154	
36	Araquistain	1.151	

Los académicos efectivos que no se incluyeron en estos treinta y seis «populares» fueron las «bestias negras» de Commelerán, Cotarelo y Ribera, aparte de otros estimables eruditos, historiadores y escritores de menos «audiencia», como se dice hoy bárbaramente, más algunos políticos. Tales son el conde de la Viñaza, el ingeniero Daniel de Cortázar, Cavestany, Hinojosa, Alemany, Codera, Leopoldo Cano, Francisco Fernández y González, Saralegui, Navarro Reverter, Novo y Colson, Miguel Echegaray, González Besada, el marqués de Cerralbo, Asín Palacios y el marqués de Villa-Urrutia. De esta lista triunfante serían más adelante académicos de la Española Unamuno, Linares Rivas, Baroja, *Azorín* y Joaquín A. Quintero.

Según el artículo de que luego se hablará obtuvieron más de mil votos cada uno varias damas: las escritoras revolucionarias Rosario de Acuña, Consuelo Alvarez (a) *Violeta* y Carmen de Burgos (a) *Colombine*, más Sofía Casanova —fallecida muy longeva en Polonia, donde se radicó—, Blanca de los Ríos y Concha Espina. Entre 436 candidatos que pasaron de mil votos figuraban Santiago Alba, Alcalá-Zamora, Alemany, el arzobispo de Tarragona (Antolín López Peláez), Asín Palacios, Augusto Barcia, Besteiro, Bonafoux, Odón de Buen, Bueno (Manuel), Bonilla San Martín, Alvarez Buylla, el P. Calpena, Carrere, Cristóbal de Castro, Castrovido, Cavestany, Manuel Bartolomé y Cossío, Codera, Commelerán —también tenía quienes le apreciaban—, Cortázar, Dato, Miguel Echegaray, F. Fernández y González, José Francés, Francos Rodríguez, Pompeyo Gener, Giner de los Ríos (Hermenegildo), González Besada, Guimerá, Hinojosa, Labra, Antonio y Manuel Machado, Maeztu, Marquina, Navarro Reverter, Eugenio Noel, Novo y Colson, Ortega y Gasset, Oteyza, Pérez de Ayala, Pérez Barreiro, González Posada, Rusiñol, Sánchez de Toca, Simarro, Valbuena, Jaime Vera y Luis de Zulueta⁵. Y muchísimos con menos de mil votos. Al examinar esta segunda lista se observa la aún escasa popularidad de algunos grandes escritores para el futuro, como Ortega, los Machado, Maeztu, Concha Espina y Pérez de Ayala; desde luego hay mucho político y periodistas de izquierdas, cosa lógica, dado el diario que inició el plebiscito; se incluyen académicos excluidos de la mayor votación, quizá por

⁵ No se van a dar a conocer estos nombres naturalmente, más o menos familiares a un lector culto. Sólo se puntualizan algunos. Don Antolín López Peláez fue una de las figuras más populares del episcopado español de la época, por su labor como sociólogo, escritor de varias materias, periodista y agudo polemista. Rafael Pérez Barreiro, el más desconocido, era catedrático de Lengua española en el Instituto de La Coruña y familiar al público de *El Liberal* por sus frecuentes artículos de tema gramatical. Antonio Valbuena es el acérrimo tradicionalista y mordaz denunciador de errores gramaticales o de estilo, con la serie de sus *Ripios...*, muy popular entonces. De muchos de esos nombres su actuación no es realmente literaria, sino política y en sentido muy liberal o socialista.

guiarse los votantes por la lista que publicó previamente *El Liberal* como orientación. Escritores y otros profesionales que sonaban a la gente.

Volviendo al grupo triunfante, se repiten los rasgos citados: popularidad y hasta populachería, sector de lectores de un periódico de franca tendencia política, aunque aquél era entonces bastante amplio y no limitado a medios más o menos proletarios, los nombres que más sonaban o que veían en las columnas de su diario. Se advierte una cierta difusión de los del 98, pero aparte de Valle-Inclán, popular quizá más que por sus obras por su forma de vida, Azorín y Baroja quedan en un lugar no de la primera fila, y si en ésta aparece Unamuno, no es por lo mejor de su obra, sino por sus asiduos artículos demagógicos e indignos de él: escritos del peor Unamuno. Lo extraño es que Blasco Ibáñez no figure entre los primerísimos puestos, dada su significación y tener publicada la parte más importante de sus novelas. También se notan tres grupos en la votación, como si cierto número de votantes se hubiera limitado a los más célebres escritores —dentro del ambiente mencionado— y otros dos hubieran llegado más o menos lejos en la votación, ya que como se había dicho, no era fácil conocer treinta y seis nombres. Tenían razón quienes, como Azorín y *Andrenio*, negaban capacidad al vulgo para tal discernimiento.

El 10 de abril publicó García Góngora un comentario a la votación. «Después de nuestro plebiscito. La Academia ideal.» Es triunfalista, como se dice ahora. Ha triunfado el instinto popular y el pueblo está bastante bien orientado. No se han confirmado los temores de quienes temían que el resultado estuviese en desacuerdo con una racional y lógica designación. Era difícil para la masa e incluso para gentes cultas hallar treinta y seis nombres; pero muchos son los que enviaron listas completas. (Algunos enviaron un solo nombre, pero ¡repetido 36 veces!, lo que sólo valió por uno.) Niega la objeción de que la sugestión de ciertos nombres, por motivos políticos, periodísticos o de ideas, determinase el resultado en cierto sentido (pero vemos que no tiene razón en esto Góngora). Afirma que hay redactores de *El Liberal*, políticos y hombres de ciencia de esta tendencia, que han tenido escásima votación, y en cambio han salido personajes de derechas como Maura, Benavente, Linares Rivas, Vázquez de Mella. Y curándose de algunas excomuniones contra los eruditos, añade: «¿Quién duda ni por un instante que los señores Fernández y González, Alemany, Codera, Commelerán, entre otros muchos, deben ocupar por derecho propio un sillón en la "Academia Ideal", en la Española o en cualquiera otra Academia?» Pero esos sabios no han adquirido el nombre que otros con menos méritos han conseguido, por la in-

dole de sus estudios, al alcance de una limitada parte de la sociedad. El resultado, sin embargo, es la expresión del sentir popular, no de los escogidos, y «bajo este aspecto, lo creemos muy aceptable». Si el diario hubiera propuesto una candidatura habrían incluido algunos nombres y omitido otros; pero habría parecido una coacción, aunque muchos lectores se lo pidieron. Sólo hubo el propósito de pulsar la opinión del gran público, que en último término «da y quita», sin «dar ni quitar más ciencia y talento».

No creo necesario glosar las opiniones expuestas y resumidas anteriormente en *El Día* y otros periódicos, pues están bastante explícitas y no hace falta extenderse más; igualmente el lector sacará las consecuencias de la votación y su carácter, preferencias y ausencias, que permiten prescindir de más comentarios. Para no alargar más este trabajo, basta con la exposición de los hechos referentes a esta anécdota de la historia literaria española.

¿Y cuál fue la actitud de la Real Academia Española? Desde luego se desconocen los comentarios que hubiera en pasillos y salas y particularmente entre sus miembros. Salvo las requeridas opiniones de su director, Maura, y de su secretario perpetuo, Cotarelo, la Academia ignoró oficialmente tal plebiscito y ningún eco queda de él en las páginas de su *Boletín*. Claramente no influyó en absoluto en las decisiones de la Academia y quienes de entre los «elegidos» llegaron más tarde a ella, lo fueron por el criterio y la voluntad de la misma, sin tener en cuenta aquel periodístico precedente.